



Deprimencia

ELMER

RUDDENSKTRIK

Deprimencia

Elmer Ruddenskjrik

DEPRIMENCIA

Copyright 2010 Elmer Ruddenskjrik

Dedicado a los hermanos Grimm.

Y ahora... que comience la función.

ARAÑAS

Un golpe seco, como un chasquido, llevó su mirada hacia el radiador. Otra araña había caído del nido y se retorció mientras se asaba viva sobre la superficie plana de hierro. El aire caliente asfixiándola en una continua y vaporosa burbuja ondulante, derritiéndose lentamente mientras se arrastraba, cada vez más mutilada, en busca del borde desde el que saltar hacia la salvación. Pero no, nunca llegaban, ninguna vivía lo suficiente... Pronto se convertían en una parodia informe de su antigua y terrorífica magnificencia, las patas como hebras retorcidas sobre sí de manera antinatural, ardiendo hasta que solo quedaba una mancha alargada como testimonio de su desesperada huída.

Ella las observaba morir, cada mañana. Era su recompensa por pasar otra noche en vela, incapaz por completo de dormir. Acurrucada con la espalda contra el cabecero de la cama, la almohada bajo las plantas de sus pies desnudos, abrazada a sus rodillas envueltas en el camisón negro de seda, que era cuanto compondría su fondo de armario, si tuviera uno...

Sabía a la perfección cómo se sentían las arañas. La caldera de la casa siempre funcionaba a pleno rendimiento con la excusa de mantener a raya el frío muerto del exterior. Siempre olía a quemado, a algo podrido en combustión, mientras que fuera el aire era inodoro. La ventana de su cuarto tenía la hoja batiente clavada en el marco para que no se le ocurriera volver a abrirla, pero a veces se arrodillaba en el suelo, junto a la repisa interior, para recibir justo bajo los ojos el aleteo revitalizante por una rendija. Solo a veces lo hacía, durante la noche lo más común, siempre cuando sabía que no entrarían a interrumpirla con la excusa de evitar que pillara un resfriado.

Sí, sabía lo que sentían las arañas... Siempre ardiendo, a veces rompiendo a sudar de auténtico sofoco, agobiada de calor y peste; a veces sintiendo la piel repentinamente helada mientras su interior bullía de ira. Las arañas le daban lástima, cada día veía una caer desde el rincón en el techo hasta el radiador, donde morían calcinadas en lenta agonía, y sentía deseos siempre de ayudarlas... Pero no lo hacía. No le daban asco, ni miedo. Simplemente, ver a otra criatura pasar por lo mismo que ella le fascinaba, se deleitaba con su sufrimiento, y se imaginaba poder llegar a arder de igual manera... Pero no podía, y ni siquiera gozaba del derecho natural de resistirse a la agonía como las arañas hacían... No, ella no podía hacer nada...

"Solo respirar. Solo puedo respirar, y no me dejan. Solo un poco, un poquito, hace mucho de la última vez..."

Estiró las piernas y las dejó colgando desde el borde la cama, la gruesa manta de tan áspero tacto quemándole la piel con el roce. Se apoyó con las manos para darse impulso hasta que tocó los cálidos azulejos negros del suelo, y arrastró las plantas hasta la ventana al lado derecho de la entrada al cuarto. Se arrodilló junto a la repisa interior y respiró profundamente, exhalando luego el aire por la boca, muy despacito. Se imaginaba el frío entrando en ella y expulsando con su consistencia purificadora el fuego y veneno de sus pulmones, lo que tenía que ser aquel vaho que se le aparecía delante, en el cristal, cada vez que lo hacía.

"Solo respirar. Ay, qué bien..."

Solo pudo hacerlo dos veces. La puerta a su espalda se abrió de golpe, como siempre; el sonido de la manilla al girar y el chirrido de la puerta al moverse, resumidos ambos en un fuerte crujido único e indisoluble. Ni tiempo le había dado a volver la cabeza cuando unos dedos flacos y tensos se cerraron en torno a su brazo derecho, justo sobre el codo, y tiraron de ella obligándola a incorporarse y alejarse de la ventana.

—¡Deprimencia! —le gritó su madrastra, algo de saliva saliendo despedida tras sus dientes amarillos y quedando aparcada sobre el labio inferior, estirado en mueca de rabia furiosa—¿Cuántas veces te tengo que decir que no te pongas ahí?

La sacudió, cogiéndola también del otro brazo, retorciéndole la escasa carne pálida, mientras le echaba su aliento hediondo, salado. A Deprimencia le gustaba eso, sin embargo. Su aliento era más frío que el aire de la casa, y ella siempre aprovechaba, lo aspiraba mientras la reñía.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Qué te tengo dicho? ¿Quieres enfermar y morir? ¿Es eso, niña estúpida? —la

soltó del brazo derecho al fin para tirar de ella ante sí, mientras le sacudía un tortazo tal en plena nuca, que hizo saltar las puntas del cabello de Deprimencia desde su sitio alrededor del cuello hasta la altura de sus ojos—¡Eres estúpida, hija, una solemne estúpida! ¡Andando, la hora de bañarse!

"Yo no soy tu hija. No soy hija de nadie, que yo sepa..."

Pero no dijo nada, como siempre. Decir algo solo resultaría en más golpes, y no llevaba a ninguna parte, de todas formas... No era aquella una mujer con la que se pudiera tener una conversación inteligente.

Deprimencia pasó por al lado del radiador, donde chisporroteaba lo último de la araña de aquella mañana. Redujo el paso inconscientemente, mirando el pequeño montoncito de pelitos y astillas negras de aspecto calcáreo.

—¡Que andando, he dicho! —la regañó la mujer, empujándole la cabeza en un gesto seco hacia la puerta.

Salió así al pasillo seguida de cerca por el rápido taconeo de los cortos pasitos de su madrastra sobre sus ridículas zapatillas con alzas de dos centímetros. Al fondo, asomando desde el umbral de la puerta de la cocina, a mano izquierda, una sombra se iba haciendo más larga según se arrastraba su dueño hacia el corredor.

—¡Histerancia! ¡¿Qué es lo que pasa con el desayuno?! ¡Que siempre estamos igual, ¿eh?!

Y se asomó apoyándose en el marco. Un tipo grande, calvo, pero con una sucia melena de pelos lacios recorriéndole la nuca de oreja a oreja en una fina línea; los ojos pequeños y esquivos hundidos tras los sonrosados mofletes; la boca montada sobre una bolsa de grasa que hacía las veces de barbilla, que se montaba a su vez sobre dos papadas; la camiseta blanca de tirantes, sucia, estirada dolorosamente con la barriga enorme y peluda, la cual se plegaba con la gravedad de la gravedad, ya desnuda, por sobre la cintura de sus pantalones de pijama a rayas azules y granates... Abajo del todo, dos rollizos muñones con apéndices insinuados, que antaño eran los dedos de los pies, para los cuales no había calzado que contuvieran.

—¡Aguanta un poco, Repelencio! —chilló su madrastra empujándola hacia el baño a la derecha, a medio camino de la cocina— Voy a bañar a ésta, y ahora me pongo.

—¡Ah, es la hora de las guarras, ¿eh?! ¿Aún sigue sangrando? —preguntó él con tono hilarante, su ridícula voz aguda haciendo cada palabra insoportable para los oídos de Deprimencia.

—¿Tú qué crees? —le chilló Histerancia.

—¡Arghhh! ¡Cómo sois las mujeres, qué asco! —gruñó, más bien trinó, con su vocecilla Repelencio, mientras se llevaba la mano izquierda a la entrepierna y se masajeaba delicadamente el contenido, una sonrisa torcida deformándole en gesto lascivo su habitual cara bobalicona. Y volvió al interior de la cocina, a rebuscar algo que zampar durante la espera...

Deprimencia entró al baño guiada por Histerancia, algo que era innecesario por su parte, pero tenía esa manía, llevarla sujeta de los hombros como si temiera que se perdiera. A Deprimencia le sacaba de quicio.

Histerancia la soltó el tiempo justo para cerrar la puerta con cerrojo, una vez ambas dentro.

—¿A qué esperas? ¡Quítate eso, anodina! —le dijo por encima del hombro, mientras giraba el pesado seguro usando ambas manos.

Deprimencia se soltó con los dedos índice y pulgar de la misma mano derecha los tirantes del camisón de sus hombros, dejándolos resbalar por sus brazos con el peso de la prenda hasta que se quedó en bragas al llegar todo ello al suelo. Sacó los pies del círculo irregular que le hacía cosquillas en los dedos y los talones. Ya estaba a ello, pero aún así, su madrastra le chilló:

—¡Las bragas! ¡Quítate las bragas, pasmada! —mirando cómo hacía eso mismo, continuó quejándose—¡Hay que ver! ¡Mira cómo las pones, ¿eh?!

Deprimencia levantó una y otra pierna para salir de dentro de la holgada ropa interior, endurecida en su centro por una mancha reseca de sangre, apenas distinguible del natural color negro del tejido.

—¡Ahora tendré que lavar esto también! ¡Mira que ponerte a menstruar justo al final del otoño! ¡Que tenemos que ahorrar en agua caliente, pero nada, tú a lo tuyo...!

Deprimencia no pudo evitar mirar a Histerancia a los ojos, con una expresión totalmente neutra, sin embargo. ¿Qué se suponía que quería decir eso? ¿Que tenía que aguantarse la menstruación? ¿Era tan imbécil aquella mujer? Deprimencia nunca acababa de sorprenderse con ella.

Histerancia pareció darse cuenta de la tontería que había dicho al mostrar Deprimencia su turbación de tan sutil manera, y dudó un momento, antes de ordenarle de nuevo:

—¡Venga, métete en la bañera! ¿Vas a quedarte así, desnuda, todo el día?

Deprimencia obedeció. Como siempre que la obligaba a bañarse, el agua estaba hirviendo, para lo que era su gusto. Siempre le dolía el contraste inicial de sumergirse en la pila llena hasta arriba, todos sus nervios gritando de horror. Sin embargo, no era nada malo bañarse, le gustaba sentirse limpia, por ella lo haría todos los días... Lo que la molestaba era que Histerancia se empeñara en bañarla personalmente, no estaría mal algo de intimidad...

—¡Vamos a tener que limpiarte pero bien, aquí abajo, o cogerás una infección! —dijo Histerancia haciéndose con la áspera esponja ajada, y sumergiéndola directamente entre las piernas de Deprimencia.

Ponía una cara extraña siempre que le limpiaba por ahí. Sus labios secos se estiraban como en sonrisa forzada mientras fruncía el ceño como furiosa, poniendo la mano izquierda sobre el hombro de Deprimencia, sujetándola con fuerza, mientras le restregaba la esponja con lo que a ella le parecía mucha más fuerza de la que usaba para frotarle el resto del cuerpo. ¿Era además racional que empezara por "ahí", siempre?

Deprimencia gimió de sorpresa y dolor. Hoy se estaba pasando de meticulosa.

—¡Ay! —acabó gritando, cuando Histerancia terminó con una brusca y fuerte pasada de esponja.

—¡¿Qué te pasa?! —dijo Histerancia, pero sin esperar respuesta.

Continuó limpiándola, manejándola como a un muñeco con una mano mientras frotaba con la otra, cogiéndola de una y otra pierna, estirándole los brazos, obligándola a sumergir la cabeza en el agua... Lo de siempre. Lo peor era el principio, ya se sentía a gusto antes incluso de salir aseada y confortada del agua, el único momento en que la atmósfera asfixiante de la casa le parecía fresca.

—¡Pues no tenemos más! —dijo Histerancia, echando una mirada a las únicas bragas de Deprimencia, tiradas donde ella misma se las había quitado—; A ver si no vas mojando por ahí, a ver si las lavo tras desayunar!

HAMBRE

Deprimencia no tenía hambre. La verdad, no recordaba haber tenido hambre nunca, hasta donde le llegaba la memoria. Comía porque Histerancia la obligaba a ello, y porque suponía que de verdad era necesario comer, claro, aunque nunca tuviera ganas.

Se hallaba ya sentada a un lado de la pequeña mesa de madera rectangular; Repelencio, a su izquierda, en un extremo; el otro vacío, a la espera de ver sentada a Histerancia, que freía algo de carne en la pequeña cocina de carbón.

Deprimencia no estaba de buen humor ese día. Nunca hubiera podido decirse que estuviera alegre alguna vez, siempre se debatía entre la más absoluta indiferencia y una intolerable repulsa, como toda sensación de estados de ánimo, pero ese día se encontraba... no sabía... sí, sí lo sabía: ¡furiosa!

Permanecía con la vista clavada en la pared del pasillo más allá de la puerta de entrada a la cocina, pensando en volverse a su cuarto cuanto antes. El olor, de textura húmeda y nauseabunda, carácter pegajoso y caliente, y sabor entre dulzón y rancio de Repelencio la estaba exasperando especialmente.

—¡Psé! —hizo él, acompañando ese ruido silbante de una sacudida espasmódica de todo su tembloroso ser de grasa envuelta en piel— ¡Pareces una tarada, niña!

Y soltó una carcajada falsa, para nada de verdadera diversión, tan solo hiriente, para dejar claro que pretendía reírse de ella.

Deprimencia no dijo nada, no se movió lo más mínimo, ni siquiera se dignó a mirarle. No parpadeaba. Inmóvil.

Histerancia cogió el último de los trozos de carne sanguinolentos que tenía en un plato sucio junto al fuego, no sin antes espantar con un ademán a las moscas gozosas que lo recorrían, y lo echó en el aceite de la sartén oxidada. El intenso crepitar inundó una vez más la cocina.

—Pero, bueno —añadió Repelencio manteniendo esbozada una sonrisa con sus ridículamente estrechos y cortos labios, migajas del pan que había estado picoteando pegadas en las comisuras—, ahora, recién lavadita y tal, estás muy guapa, ¿eh?

Alzaba la voz, sonando aguda y estridente entre el chisporroteo del aceite hirviendo. Estiró la mano derecha hacia la cara de Deprimencia, pasándole los dedos gordos y húmedos, grasientos, por la mejilla. ¿Era esa la mano con la que había hurgado en el contenido de sus pantalones, poco antes? No, no era esa, había sido la izquierda.

Deprimencia era una roca. Ni se inmutó ante ese desagradable contacto.

Repelencio se llevó los mismos dedos hasta sus fosas nasales algo porcinas y aspiró profundamente, sin apartar sus pequeños ojos de Deprimencia.

Histerancia sirvió los tres platos, cada uno con una porción de carne demasiado pasada por la sartén, requemada. Se sentó a su sitio y se puso a trocear su parte usando tenedor y cuchillo, con unos aires como de alta aristocracia.

Repelencio cogió su trozo de carne con ambas manos y le empezó a dar mordiscos, como quien come con ansia un bocadillo, hombre y alimento tan intrínsecamente unidos que no se sabía dónde acababa uno y empezaba el otro.

Deprimencia bajó al fin la vista hasta el plato ante ella. Aquello era una maraña, enrollada en los bordes por efecto del calor, de gruesos nervios marrones y grasa amarillenta que apenas envolvía algunos jirones de carne carbonizada. Casi parecía la representación de una vieja telaraña olvidada por la negligente araña que la diseñara. El aroma cálido de la fritanga se le metía como ácido bajo los párpados y se le pegaba al pelo limpio...

—Deprimencia, hija, ¿no comes? —inquirió Histerancia con un tono de sorprendente afabilidad.

Histerancia había dejado para ello de luchar por partir el sebo cuarteado de su plato, y miraba el modo en que Deprimencia tenía la frente inclinada sobre el suyo propio, su cabello negro cubriéndole toda la parte alta de los pómulos y los ojos. De repente la odiaba a muerte.

—¿Quieres ponerte a comer, tarada?! —le gritó, golpeando con el mango del cuchillo sobre la mesa.

Deprimencia era una férrea estatua. No se sobresaltó con el golpe o con aquel desesperado grito de su madrastra. Definitivamente, no estaba de humor, ese día...

—No pienso comerme esta... cosa —soltó Deprimencia en un seco susurro, tan quieta, tan quieta, que Repelencio e Histerancia se miraron el uno al otro, no estando muy seguros de quién había dicho tal cosa.

—¿Qué has dicho?! —reaccionó al fin Histerancia, mostrando sus dientes amarillos en mueca furiosa, escupiendo las palabras a través del chirrido inaudible que hacían unos contra otros, de tan apretados que los tenía.

Antes de que pudiera contestar, Repelencio intervino, dejando caer su trozo de “casi algo de carne” sobre su plato desde la altura a que estaban sus manos, los codos apoyados sobre la mesa.

—¡Sssshhh! ¡Déjame a mí! —gruñó con la voz mal modulada, sonando como un payaso mentalmente desequilibrado durante una representación infantil—¿Sabes lo que nos cuesta conseguir esto para comer?

La pregunta iba dirigida a Deprimencia, que no dijo nada, tenía la mirada perdida más allá de la telaraña orgánica de su plato. Dos segundos esperó Repelencio alguna respuesta, algún gesto de miedo o, aunque fuera, de desafío.

—A veces parece que no quieras estar aquí... ¿No quieres estar aquí? —Empezó de nuevo Repelencio, uniendo sus manos sucias como un negociador muy seguro de sí mismo—¿Quieres irte, quieres salir fuera, salir con Lobo? ¿Quieres que Lobo te coma, es eso? ¿Quieres que te coma Lobo, eh?! ¡¡¿Te sacamos con Lobo?!!

Repelencio se estaba poniendo rojo mientras su voz se volvía más ridícula a la par que chillona, sus diminutos ojos muy abiertos hacia Deprimencia, venillas azuladas hinchadas alrededor, entre sus párpados y sus cejas.

—No pienso comerme esta cosa... —dijo Deprimencia con voz clara, aún sin moverse.

Repelencio explotó. Se puso en pie derribando, con un fuerte golpe de sus voluminosas posaderas, la silla. Cogió a Deprimencia de los pelos, obligándola a levantar la barbilla. Con su otra mano empuñó el trozo de “casi algo de carne” sin tocar que ella tenía delante, y se lo estampó en los morros, restregándose con fuerza. Le hacía daño, tanto en el pelo como en la cara. La mano que sujetaba el supuesto alimento contra sus labios sí que era esta vez la del masajeo indecoroso, por cierto...

—¡No desprecies nuestra hospitalidad, tarada! —le chilló él, acercando su aliento podrido a su oído izquierdo, escupiéndole algunos trocitos diminutos de sebo sobre la mejilla y el pelo—¡Si te damos de comer, comes! ¡Come, tarada, o te sacamos con Lobo!

Deprimencia se vio así atacada unos segundos más, sintiéndose obligada a abrir la boca para que sus labios dejaran de sentir dolor. La carne quemada chocó contra sus dientes con una presión que amenazaba arrancárselos del sitio para ir a acabar al fondo de su garganta. Pero entonces él paró, como satisfecho de haberla obligado, al menos, a sentir el sabor de la comida.

Tiró el trozo retorcido sobre su propio plato, encima del que tenía a medio roer, y soltó el cabello de Deprimencia, no sin antes darle un fuerte meneo a uno y otro lado. A Deprimencia le recorrían las mejillas lágrimas de verdadero dolor. La costra negra del trozo de “casi algo de carne” se le había quedado pegada a los labios y bastante alrededor. El golpe le había abierto el labio inferior justo en medio, y sangraba bastante, un hilillo oscuro que ya goteaba desde su barbilla.

—¡Ahora te quedas sin comer! —le chilló Repelencio, recogiendo su silla volcada y sentándose de nuevo, agarrando con furia el trozo con el que la había atacado y poniéndose a devorarlo con saña.

—¡Eres un caso, hija! —le chilló también Histerancia, meneando la cabeza negativamente, con un gesto de desprecio y decepción en su cara—¡Anda, ve a lavarte y te metes en tu cuarto, que siempre tienes que estar sangrando por algo...!

Deprimencia se pasó el dorso de la mano derecha por el mentón para aliviar el cosquilleo que la sangre le hacía, eso mientras se levantaba e iba hacia el cuarto de baño. Notó que, al dirigirse a la salida de la cocina, Repelencio la seguía atentamente con la mirada.

Al llegar al baño y cerrar tras de sí, se sintió un poco mareada y se quedó un momento con la espalda apoyada contra la puerta. Cerró los ojos y respiró, pero no sirvió de nada. Necesitaba el aire limpio que pasaba por la rendija de la ventana de su cuarto. “¡Vamos, límpiate un poco y corre hacia allí!”, se dijo.

Se acercó al lavabo y se miró al espejo que había justo encima. Parecía que hubiera metido la cara en el barro. El hilo de sangre era bastante grueso. Las lágrimas se habían secado bastante rápido y le habían dejado marcado su recorrido en líneas oscuras e irregulares sobre su pálida piel. No supo explicarse por qué, ni siquiera le parecía haberlo hecho ella misma, pero de pronto se encontró sonriéndose de esa guisa desde el espejo.

Eso la hizo sentirse de mejor humor. Bueno, de verdadero buen humor por vez primera, desde que ella tuviera memoria.

SONIDOS

A mitad de mañana, empezaron los sonidos.

Deprimencia llevaba todo ese tiempo con la cara pegada a la levísima ráfaga de aire que entraba por su ventana, desde que dejara el baño cuando su herida había parado de sangrar, o mejor dicho, de sangrar tanto como lo había estado haciendo. Ella no se había dado cuenta, pero desde la mitad de su labio inferior había quedado una línea de sangre que le llegaba a poco antes de la barbilla, seca gracias a su rápida exposición a la brisa fría que tanto le gustaba...

Aquello era inusual. Los sonidos esos, los que tanto le impedían dormir por las noches, se sucedían en ese momento mismo, por las noches. Nunca antes habían tenido lugar en otro momento distinto, sino todas las noches a la misma hora, prácticamente, alargándose indefinidamente, torturándola a ella en su tiempo en vela...

Los sonidos no consistían en otra cosa que en un rítmico retumbar de muelles de colchón y un chirrido regularmente pausado de patas de armazón metálico sobre suelo de azulejo... Era como si alguien saltara incesantemente sobre una cama, cosa que nunca se le había ocurrido hacer a ella, pero que suponía porque eran ruidos que a veces hacía la suya propia cuando se arrojaba encima con fuerza. Pero no solo eso...

Aparte del característico sonido de una cama, casi al unísono con aquello primero, se oía a Histerancia gritar como de verdadero dolor, unas veces de manera desatada, otras un poco contenida, como rugiendo...

Aquello ponía a Deprimencia los pelos de punta, razón principal de su insomnio. Le daba miedo. Y en la noche, no se habría atrevido nunca a investigar fuera de su cuarto el motivo de tanto ajeteo. Tampoco es que tuviera otra elección, pues siempre le cerraba Histerancia la puerta con llave, a la hora de irse todos a dormir.

Pero esta vez, los ruidos habían empezado a producirse apenas un par de horas después del desayuno. Su primera reacción, incrédula, fue la de taparse las orejas con las manos, cosa que sabía ya que era inútil. No era el volumen de los ruidos lo que la turbaba tanto, para nada... Era más bien el carácter desolado y algo impotente de los gritos de su madrastra entre los sonidos rítmicos del somier lo que la arredraba de esa manera, y ni aun metiéndose los dedos en los oídos podía ignorarlos.

Era terrible. No es que apreciara en realidad lo más mínimo a Histerancia, pero no era capaz de permanecer impasible ante lo que parecía un sufrimiento sin igual. Estaba convencida de que el malvado Repelencio le pegaba por pura diversión, ¿qué otra cosa la podría poner de esa manera?

No lo soportaba. Desde luego, aquel no era su día. No ya por el extraño énfasis que puso su madrastra durante su baño, ni por el enfrentamiento, también insólito y novedoso, con Repelencio durante el desayuno. Simplemente, ya desde la madrugada, sentía una especie de pulsión irreprimible, unas ganas locas de hacer algo, lo que fuera, pero algo que conllevara una explosión inusitada de violencia. Quizá por eso mismo, a pesar de la pasividad de su rol, la había complacido tanto el enfrentarse con Repelencio.

De una manera o de otra, hastiada ya, se dio cuenta de la oportunidad que se le presentaba. Pensó en Repelencio de una manera para la cual no conocía los términos y, decidida a acabar con aquello, dejó libres al fin sus orejas y se puso en pie.

Avanzó con decisión hasta la puerta de su habitación, haciendo retumbar en cierta forma el suelo a pesar de golpearlo con sus solos pies desnudos. Tiró con violencia de la manilla hacia ella. ¡Abierta, claro! Durante el día nunca la encerraban, se hubiera dado cuenta por el ruido de tres vueltas de la cerradura, de haberse dado lo contrario esta vez... Una sensación inusitada de poder la embargaba, sin darse cuenta para nada de lo absurda que era su naturaleza y origen... ¿Podría alguien reconocer el origen? No, decididamente no; no había una razón lógica para su embebecimiento intrépido, pero ya fuera por su juventud, ya por el mismo enajenamiento, esto es algo en lo que ella no reparó. Se lanzó a recorrer la longitud completa del pasillo, con la misma

decisión, con la cabeza ardiéndole de ira...

La habitación de Histerancia y Repelencio estaba justo enfrente, al final mismo del pasillo, inmediatamente más allá de la que daba paso a la cocina. La hoja estaba encajada en su marco, o sea, la puerta cerrada, y Deprimencia dudó un segundo al detenerse delante, preguntándose primero si se podría abrir, si no estaría cerrada con llave desde dentro, y, segundo, si no sería una verdadera temeridad, dado el resultado de su primer desafío del día contra aquel hombre repugnante. Repugnante era una palabra que sí conocía, por cierto.

Finalmente, tras ese mencionado segundo, se decidió a abrir de golpe.

La sucesión de gritos de Histerancia, los cuales había pasado por alto durante el trayecto de su cuarto hasta aquel otro, con las sienas retumbando en fuertes pulsos a lo largo y ancho de todo su cráneo, le impactaron con una cualidad casi física, como una detonación explosiva que sacudiese todo con una brusca ráfaga de aire, asociados como estaban al cuadro que se encontró allí dentro.

Lo primero que vio con una incredulidad infinita, incapaz como era, en un primer momento, de encontrar a su madrastra por ninguna parte, fue a Repelencio tumbado boca abajo en la cama, con los pantalones de pijama a rayas azules y granates arrebuados en torno a sus tobillos, sus enormes nalgas desnudas, peludas y sudorosas, moviéndose de arriba a abajo en movimiento regular y pausado, haciendo trotar toda la cama cada vez que dejaba caer sus caderas contra el colchón. Y cada vez que la cama recibía todo ese peso, oíase, como tantas veces antes, la voz de Histerancia gritando desamparada... ¡Incomprensible!

Hasta que la vio. No era que no estuviera en la habitación, sino que se encontraba hundida en el colchón, medio enterrada por los pliegues retorcidos del edredón, aplastada bajo el pecho y la prominente barriga de Repelencio, ambos apretados contra lo larga que era su espalda. Tenía los brazos sujetos junto a sus caderas por las enormes manos grasientas de Repelencio, mientras éste alzaba las suyas propias una y otra vez, dejando ver un momento un apéndice de carne rígida que hundía al siguiente entre los glúteos de ella. Y así era como gritaba cada vez, aunque Deprimencia constató que no dejaba de sostener sin embargo un continuo rugido impaciente, como el de quien siente retorcida una oreja por una mano ajena y no puede hacer más que soportar el dolor, esperando en vano que termine cuanto antes...

Deprimencia cruzó su mirada con la del único ojo de Histerancia que asomaba entre el pesado cuerpo de Repelencio y su fosa de manta y gomaespuma. Ella le clavó ese ojo totalmente abierto y lloroso, la mitad de la boca que podía mostrar tensa en un rictus involuntario de tortura, toda esa mitad de su cara la más concisa representación al unísono de una impotencia implorante y la más magnánima compasión vaticinadora.

Deprimencia no comprendió del todo nada de eso. No lo necesitaba, por otra parte. La cara de Histerancia se le había antojado una muda y casi sobrenatural advertencia que no perdería el tiempo en atender. De hecho, sin darse cuenta, ya se encontraba arrancando de su sitio los pesados cerrojos de la puerta de la casa que daba al exterior, tirando con todo el peso de su flaco cuerpecito de cada uno de ellos. Y salió, salió al frío exterior sin pensarlo, solo arrastrada por el impulso de alejarse de ese hombre, de esa casa, y de la maldición que Histerancia le había revelado que tenía el destino para con ella.

Salió allí donde siempre le habían dicho que solo había muerte, allí donde era todo olvido; salió donde nada ni nadie podía vivir.

Salió donde era que se era el temible Lobo.

LOBO

Arrebatada su alma de horror y repugnancia, estuvo bastante tiempo corriendo sin pararse ni a mirar por dónde iba. Solo se miraba los pies desnudos, que se hundían entre las briznas pardas de hierba seca, haciéndolas crujir entre sus dedos, pateando a veces un ocasional montoncito de hojas muertas que planeaban alrededor de las ondas de su camión negro formando estelas... Corrió y corrió, hasta que los pulmones se le antojaron abrasados, hasta que la garganta le crepitaba seca y helada, el frío tenaz del aire muerto crispándole toda la suave y pálida piel, muy a su pesar acostumbrada a un ambiente estancado y de sofoco.

Pero al fin se detuvo, cuando sus zancadas ya empezaban a resultar erráticas de puro cansancio, apenas con fuerzas para levantar un pie del suelo en el intento de dar el siguiente paso. Temblaba de nerviosismo, fatiga y frío, pero de repente se sentía bien. Se sentía verdaderamente bien por vez primera en su vida, una sensación que la cogió tan desprevenida, que la abrumó de una manera tan cálida pero fresca al tiempo, que no pudo reprimir las lágrimas, las primeras que ella se había visto derramar nunca sin ser resultado del dolor.

Apoyada con las manos sobre sus rodillas, intentando recuperar el aliento, contempló las brillantes gotitas caer reflejando la luz del sol de la mañana que tenía delante, y haciendo secos y agradables sonidos al estamparse contra las hojitas finas y largas del suelo, que parecían doradas bajo aquellos rayos matinales. Sin duda era maravilloso, eso pensó mientras dejaba que el aire fresco penetrara en ella muy lentamente a través de las fosas nasales, imaginándose cómo todo ello le acariciaba delicadamente el cuello y la cara en el recorrido que habría de seguir hacia su inspiración. Embriagándose, al expulsarlo a través de la boca, de su sabor acre de naturaleza en tardío declive, bizqueando ante su nariz para seguir el baile sinuoso y grácil de las volutas de su expiración vaporosa. Nunca había visto nada tan bello, nunca se habría imaginado que de ella pudiera salir algo así.

Y al levantar la mirada para descubrir de qué manera su vapor se difuminaba por encima de ella en el aire hasta desaparecer, vio lo altos que en verdad eran los árboles de ramas desnudas que tanto tiempo había pasado mirando desde su ventana. Eran enormes, ¡enormes!, y las ramas más largas, grandes y nudosas se bifurcaban infinitamente en otras más pequeñas e igual de retorcidas, que a su vez volvían a dividirse, y así hasta donde ella ya no era capaz de distinguir. No podía con ello, la hermosura de toda esa complejidad, bosquejada por cada uno de aquellos árboles que por todas partes la rodeaban, mezclándose allí arriba, como si todo fuera otra enorme telaraña sin interrupciones, pero para nada frágil y mil veces más bonita que las de las arañas, cruzado todo aquí y allá por la luz naranja del sol, que también hacía brillar en parte las más bajas de las nubes grises que servían de lienzo a cuanto ella veía.

No cabía en sí de gozo, y aún se sorprendió más al bajar la mirada y empezar a caminar, percatándose al fin de lo que su sentido del tacto le regalaba desde las plantas de sus pies, donde la hierba le hacía tan pronto cosquillas como inofensivos arañazos, todo enmoquetado hasta donde podía ver por ese manto de refulgente aúreo donde atinaba a bañar el sol, el resto de un cálido color oscuro anaranjado, solo interrumpido por la presencia de los atezados y robustos troncos de cortezas rugosas y surcadas en relieves verticales.

¿Cómo, cómo podían haberse pasado la vida diciéndole que aquello era peligroso, que era malo? ¿Cómo podían de verdad aquellas dos personas creer tan en serio cuanto decían? Porque no le cabía duda de que así era. Podía ver la alarma, el recelo supersticioso de sus padrastros cuando hablaban del exterior, cuando aseguraban que el aire podía matar, cuando sentenciaban que el frío era mortal. ¡Y para nada lo sentía ella así ahora! ¿De verdad lo creían, de verdad? ¿Era posible que tan solo le mintieran a ella, o de verdad se mentían a sí mismos? Deprimencia era ahora la más cierta imagen de la maravilla e incredulidad indivisibles... ¡Todo era mentira!

Y entonces lo oyó. El ruido había sido algo leve y lejano, pero en mitad de todo aquel silencio la sobresaltó.

Miró todo en derredor. No había sido capaz de distinguir de dónde venía ni qué lo podía haber provocado. Había sido un sonido sordo e irreconocible, quizá como de algo pesado cayendo con fuerza contra la tierra mullida desde la que crecía la hierba.

Y de golpe se acordó: "¿Quieres que te coma Lobo, eh?! ¡¡¿Te sacamos con Lobo?!!", habían sido las furiosas palabras de Repelencio esa misma mañana. Lobo. ¿Era eso verdad? ¿Había sido eso, el ruido?

De pronto, se sumió en un increíble terror, otra sensación que nunca había experimentado. Sí, Deprimencia se había pasado toda su recordada existencia sumida en una triste apatía, había sentido ira, desprecio por sus padrastros, a veces compasión, escándalo y asco al descubrirles por vez primera en su habitación, no hacía mucho... ¿Pero miedo? Nunca había sentido de verdad miedo, el miedo al verdadero peligro, el miedo a morir, y de golpe se materializaban en ella todos los temores que con tanto ahínco intentaron Repelencio e Histerancia inculcarle siempre.

En ese mismo momento, el frío del aire se le antojó realmente nada revitalizador, de súbito se llevaba también todo el calor de su alma. Sus lágrimas de recién conocida felicidad dejaron de manar, quedando en sus párpados un remanente que le enturbiaba la visión.

El sonido sordo se repitió. Y una vez más, y otra, y cada vez más cerca, muy pausadamente pero sin atisbo de duda: algo venía en su dirección, desde no sabía ella discernir qué otra.

Y al fin lo vio aparecer. Justo debajo de la esfera ardiente y oscurecida por la bruma del sol, una enorme sombra animal, su pelaje erizado en la cabeza y a lo largo de la parte más alta del lomo; una larga cola que contra la luz parecía conformada de innumerables espinas recias; la cabeza de puntiagudas orejas moviéndose arriba y abajo, siguiendo el ritmo de sus cuatro patas, que se levantaban y volvían a apoyar con movimientos parsimoniosos y gráciles; dos brillos dorados en mitad de la cara, los ojos reflejando la luz que hacía resplandecer la pálida piel de Deprimencia, a la que sin duda miraba directamente.

Deprimencia se quedó sin aire. Nunca había visto otro animal que no fueran las arañas de su habitación, y aquella colosal criatura, que se le presentaba apenas como una sombra recortada entre los árboles, le resultaba inquietante tanto por su tamaño como por su extraña y amenazadora manera de moverse. Se quedó muy quieta, inmóvil de pánico, sin respirar siquiera, mientras lo que tenía que ser el temible Lobo se detenía al fin, sin apartar las dos centellas de su mirada de su persona. Quería gritar. No, no podía. El miedo anulaba cualquier intención de acción, y tampoco se le ocurría nada mejor que gritar. No podía pensar, en realidad.

Así estaba, tan asustada que hasta había dejado de temblar de frío, de tenso que se había quedado su escuálido cuerpecito, cuando una especie de trueno resonó a su alrededor, volviéndola a sobresaltar primero, y confundiéndola después al distinguir palabras claras resonando como campanas entre el rumor.

—¿A dónde vas, niña?

La voz no era desagradable en sí misma, a pesar de su carácter sobrenatural e ilocalizable, lo cual ya resultaba poco tranquilizador, pero denotaba una malvada diversión y cierto grado de desprecio, no le resultaba muy conciliadora, y lo primero que pensó fue que Repelencio la había salido a buscar y la llamaba desde su espalda.

Se volvió a mirar, pero nada, no había nadie. Seguía sola con el terrible Lobo. Volvió la vista al frente, confusa y aún asustada como nunca volvería a estarlo, y en ese momento sí que gritó al encontrarse con la gigantesca cabeza de morro alargado del Lobo a escasos centímetros de su nariz. Intentó retroceder y cayó de culo al suelo, agarrándose a las briznas de hierba, que se deshacían entre sus dedos como papel quemado.

Ahora sí lo veía con claridad. Todo su pelo era blanco y erizado, espeso como el mismo campo que les rodeaba. Los ojos seguían brillando en blanco cegador, incrustados en cuencas de forma de almendra que se entornaban como suspicaces. Unos largos alambres plateados le salían desde poco después de donde terminaba su negra nariz húmeda: sus bigotes, aunque Deprimencia no lo supiera. Deprimencia no sabía qué era eso en su totalidad, tan gigantesca criatura...

Los carrillos de la criatura, en la base de su larga boca llena de dientes largos y afilados, se hincharon de forma algo graciosa, antes de que ella pudiera oír, de la misma extraña forma:

—Te he hecho una pregunta, niña ¿Qué educación es la tuya?

esta vez, pareciéndole a ella algo burlona. No sabía qué decir. ¿Le estaba hablando, aquella cosa?

—¿Cosa? Desde luego, educación ninguna, en absoluto, aunque no me sorprende...

Ella no había dicho nada. ¿Cómo sabía lo que pensaba?

—Escucha, una cosa es que no lo necesite para hablar contigo, y otra muy diferente que no me guste conversar. ¿Quieres hacer el favor de hablar conmigo? De viva voz, se entiende que pido...

—S-sí —tartamudeó ella, sin entender nada, sin saber qué hacía contestando.

—Pues lo que haces es ser educada... ¿A que es toda una experiencia, ein?

—S-s-sí —volvió a tartamudear.

—Ponte en pie, algo de dignidad, por favor, ¿o me ves a mí revolcándome en el barro para hablar contigo? ¿Ein?

Deprimencia obedeció, se incorporó sin dejar de vigilar la gran cara de dientes mostrados en sonrisa entreabierta del Lobo, que la miraba desde muy por encima de su propia estatura de niña, la nariz negra orientada hacia su cara.

—¿Eres tú, cosa, la que habla? —se atrevió a preguntar, separándose dos pasos del Lobo.

—No soy cosa, ¿sabes? —respondió entre trueno y campanas.

—Eres el Lobo —aseveró más que preguntó Deprimencia.

—¿Lo qué? ¿Ein? —soltó entre carcajadas el Lobo.

—El Lobo, ¿no? El que devora personas. ¿Me vas a comer? —dijo ella muy rápido, como si temiera oír la respuesta de algo que ya se había arrepentido de preguntar.

—No sé qué es un Lobo, niña, y no, no me como a la gente, ¿sabes? Nunca entenderé a los humanos, el porqué de inventarse nombres para las cosas e inventarse cosas, en general. Incomprensible...

—¿No me vas a comer? ¿Entonces no eres el Lobo?

—Sí soy el Lobo —dijo de repente el trueno y la campana, lo que amedrentó sobremanera a Deprimencia, tanto por la revelación misma como por el matiz cansado y furioso con que la criatura había pronunciado las palabras—, lo soy en el sentido de que así es como me conocen los humanos, el nombre que me han puesto, pero para nada sé de verdad qué significa ni si yo soy tal cosa, ¿ein? Mi nombre es Ruddenskjrik.

Hizo una pausa el animal para pasear la larga lengua alrededor de toda su mandíbula superior, volviendo de nuevo sobre la nariz, que se lamió dos veces.

—Yo soy el que aquí sabe cómo van las cosas, y supongo que he ahí la razón de todo ese miedo que me tenéis. La verdad es algo que aterra a los humanos, niña, ¿no lo sabías, ein?

—¿La verdad? —repitió Deprimencia confundida.

—La verdad, sí, la verdad. ¡Vaya!, si no sabes eso, quizá haya esperanza para ti, niña... —expuso divertido el tal Ruddenskjrik, a lo que siguió un tono más serio en su conversación:— . Ahora: ¿quieres contestarme a mi primera pregunta? ¿A dónde vas, niña?

—La verdad es que no lo sé...

—Y por eso te lo pregunto: porque no lo sabes. Lo que quiero es que te pares a pensar en ello —concluyó el animal, un poco arrogante...

—¿Ein? —soltó Deprimencia tras un segundo de reflexión. Se le había pegado del Lobo.

El ser hizo un sonoro estornudo de desagrado.

—¡¿Qué?! —exclamó Deprimencia, sin saber qué se esperaba de ella.

—Vienes huyendo, ¿ein? —dijo Ruddenskjrik muy seguro, y sin esperar a que Deprimencia asintiese con la cabeza o dijera algo, continuó—. No es necesario que me cuentes de qué... Lo que quiero saber es qué tienes pensado hacer, que ya sé que no lo tienes pensado...

—No lo sé, no lo sé —gruñó desalentada Deprimencia—. Solo quería irme de allí, salir de aquella casa... Algo me dice que tarde o temprano acabaré convertida en Histerancia, y no quiero

eso, no lo quiero...

Y así, Deprimencia bajó la mirada al suelo y volvió a llorar, de verdadera tristeza esta vez. En realidad sollozaba.

—¡Ah, desolación! —gruñó el trueno y la campana, ensordeciendo el casi inaudible llanto de Deprimencia—¡Qué agradables recuerdos!

—¿¡Agradables?! ¡¿Qué puede tener de agradable sentirse así?! —estalló de repente Deprimencia, obviando la magnificencia y poder de la criatura, que bien podía partirla por la mitad de un mordisco.

—Bueno, verás, hubo una vez en que me sentí igual de perdido y asustado que tú, ¿ein? Lo que pasa es que no se trataba de la misma situación... Digamos que estaba colmado, en aquella época, de una inconmensurable mezcla y cantidad de buenos sentimientos a los que no podía dar rienda suelta como quisiera... —Ruddenskjrik había dicho esto alzando su afilado morro al cielo cruzado de ramas secas, casi como si estuviera aullando de dolor. Luego, volvió a bajar la mirada hacia Deprimencia—. Tú aún eres joven para entender de qué hablo, y no has tenido la oportunidad de encontrarte en esa posición... Pero puedes llegar a ello, y a mucho más...

—¿Cómo? Eso intento, intento salir de allí, y no pienso volver... —gimió Deprimencia, algo consolada por las enigmáticas palabras del Lobo.

—¡No! —rugió él, mostrando los dientes, replegando la piel del morro que los cubría—¡Tú no puedes salir de aquí! ¿Quieres seguir andando? No hay nada más allá. Solo el olvido. Tu historia es ésta y no termina así. No tienes a dónde ir... No puedes huir...

—¿Qué? —Deprimencia se quedó callada un buen rato, durante el que se limpió las lágrimas de la cara, antes de preguntar, cada vez más extraviada:—¿Pero qué se supone que he de hacer? ¿Volver allí, con aquellos dos?

—Sí —dijo tan solo Ruddenskjrik—, eso ha de pasar.

—¿Tengo que volver a ese horrible lugar, y vivir con esa mujer desesperada y ese horrible y repugnante hombre?

—Yo no he dicho eso... —dijo con sorprendente suavidad Ruddenskjrik, asomando otra vez los dientes, pero no de forma amenazadora esta vez. Los almendrados ojos brillantes se cerraron un poco más, y casi parecía sonreír, de una forma extraña.

—¿Ein? —volvió a hacer por segunda vez Deprimencia, ésta vez casi sin voz.

—Bueno, yo te contaré una cosa... —empezó el Lobo con tono conciliador—. Se da la casualidad de que en esta historia se halla encerrada, allí, contigo, en esa casa, buena parte de lo peor que tiene la naturaleza humana, ¿me sigues?

Deprimencia asintió, pero no entendía bien, la verdad.

—Bueno... —continuó Ruddenskjrik, desviando antes la mirada brillante a un lado, como cansado—. Te diré que tú eres de esas personas que están un poco en la cuerda floja. Puedes sentir cosas malas, como has estado haciendo hasta ahora... Es natural, todos los sentimos, es normal. El caso es si sabes por qué te sientes mal, y una vez sabido esto, qué decisiones vas a tomar...

—¿Decisiones? —repitió una vez más Deprimencia, como si el hacerlo le sirviera para comprender.

—Sí... Mira, tú estás en una situación en la que no vas a lograr nada bueno, tú no vas a sentir nada bueno, eso es así, tal cual. Pero puedes tomar decisiones que en el futuro te permitan llegar a sentirte bien. Puedes hacer cosas por las que te arrepientas para el resto de tu vida, cosas que de cuando en cuando recordarás y te sumirán en la desgracia ocasionalmente, o puedes simplemente ser desgraciada para toda tu vida. Es triste, pero a veces los humanos vivís ese tipo de situación. Y por desgracia, soléis dejaros arrastrar por la forma más fácil, que es la de ser desgraciados para siempre...

—¡No! ¡¿Cómo va a ser eso así?! ¡¿Quién querría ser desgraciado para siempre?! —estalló Deprimencia, temiendo verse en esa hipotética visión de futuro.

—Pues... ¡No lo sé! Pero es lo que soléis hacer. No hacéis nada, os negáis la verdad que

conocéis, os volvéis sumisos de la desgracia, y os engañáis diciéndoos que no se puede hacer nada, cuando cada segundo que pasa es una nueva oportunidad de hacer algo, al fin... Y por eso me mantengo aquí, alejado de vosotros, muy orgulloso de que se me tema y esquive, porque solo alejado de vuestras mentiras y artimañas se puede ser feliz. No tardarás en descubrir que en vosotros no se puede confiar. Ni siquiera tú lo serás, no serás de confianza, con el tiempo, ¿entiendes? Porque sois así. Se requiere una gran fuerza de voluntad y valor para corregir eso, y la vuestra no es una especie que se caracterice por ello, no cuando se trata de construirnos a vosotros mismos...

—No sé qué decir... Pensaba que me ibas a comer, y ahora quizá lo hubiera preferido... — Deprimencia hizo una pausa—. ¿De verdad que no me puedo ir, sin más?

—No. Tu historia no acaba así, créeme, sé muy bien lo que me digo, como que me llamo Ruddenskjrik —el Lobo hizo un seco gesto con el morro hacia más allá de las espaldas de Deprimencia—. Vuelve y acaba con esto, se nos está alargando demasiado, creo. ¡Se acabó el divagar!

¡GUERRA!

Para cuando alcanzó a ver la casa de la que con tantas ganas había huido, ya era prácticamente de noche. Le había costado mucho orientarse en el yermo de hierba seca y árboles desnudos, todo le era igual mirara donde mirara. Los últimos rayos rojos del sol teñían la parte trasera de la casa del cálido color de la sangre, el resto convertido en una oscura silueta que la deprimía, según se aproximaba desde el lado noroeste de la casa. Desde luego que había dado un largo rodeo, dejando muy atrás el lugar. Pero eso le había dado tiempo de pensar.

No se podía decir, y de eso se daba cuenta ella sola, que el Lobo hubiera sido muy conciso en su pretendida orientación de lo que tenía ella que hacer. Apenas si había usado vagas insinuaciones a las que ella no estaba acostumbrada a atender. Simplemente le faltaba práctica, para nada era la "tarada" que tanto le llamaban Histerancia y Repelencio. Realmente, no sabía qué iba a ocurrir o qué iba a hacer a partir de ahora, pero no pensaba seguir siendo apática...

Rodeó la casa pegada a la pared norte, pasando la mano sobre la madera astillada de los tablones unidos con argamasa. Se clavó pequeños trocitos afilados, algunos se quedaron enganchados en su tierna piel. Se miró la palma sin dejar de caminar. Dolor. No la impresionaba, no le afectaba. Estaba segura de que eso no era nada comparado con lo que estaba por llegar.

Llegó ante la puerta y empujó sin más ceremonia. Se abrió, nadie se había molestado en poner los cerrojos tras su precipitada salida. El interior estaba impregnado como siempre de aquella atmósfera pegajosa y asfixiante, y un intenso olor húmedo y podrido se había unido al acostumbrado arder rancio de la caldera. La casa estaba iluminada tan solo por el fulgor encarnado y disperso que apenas si se colaba a través de los sucios cristales de las ventanas. Todo era silencio.

Avanzó un poco por el estrecho pasillo de entrada, que enlazaba transversalmente con el que comunicaba con su habitación, la de sus padrastrós, la cocina y el cuarto de baño. Se asomó lentamente, mirando en dirección a la puerta donde había descubierto a aquellos dos tan "ocupados". Se decidió a ir hacia allí, sin miedo, pero sin querer descubrir su regreso, andando de puntillas y muy despacio. El resto de puertas, salvo la de la cocina, estaban cerradas, como siempre. Histerancia siempre se empeñaba en mantenerlas todas cerradas, quizá ella misma hubiera hecho su ronda de cerrar puertas, moviéndose a toda prisa sobre sus ridículas zapatillas de alzas como poseída de un frenesí maniático. Bueno, sin el "como"...

Pero no, desde luego que ella no había hecho eso. Deprimencia abrió la puerta del cuarto de Histerancia y Repelencio, y allí mismo la encontró.

Estaba prácticamente en la misma postura en que la tenía Repelencio bajo todo su peso, aún encajada en el hueco que ambos habían formado en el colchón. Deprimencia se acercó lentamente y tiró del edredón para dejar a la vista su cara, aún vuelta hacia la puerta tal y como la había encontrado la primera vez. Tenía los ojos abiertos y secos, dirigidos al mismo exacto lugar donde había cruzado miradas con Deprimencia, por la mañana. La boca torcida en lánguida mueca, grumos de saliva blanca y seca pegada a sus dientes amarillos y su barbilla. Todo olía a sangre y a otra cosa. Deprimencia recorrió su cuerpo con la mirada, hasta encontrar sus piernas desnudas, la parte interior de sus muslos impregnadas de algo oscuro y duro. Le recordaba a la sangre de su menstruación, pero no era nada tan natural, a su parecer.

Deprimencia nunca había visto un ser humano muerto, pero no le cabía duda alguna de que estaba ahora mismo ante uno. Histerancia estaba muerta. Comprender esto la hizo retroceder muy asustada, de pronto. Histerancia ya no estaba, el primer paso para convertirse en ella.

Chocó contra la puerta, que golpeó con su pomo la pared y rebotó contra su hombro. A eso siguió el sonido de la puerta del baño abriéndose. Deprimencia se volvió hacia allí.

Repelencio asomaba medio cuerpo desde dentro, tal y como hiciera esa misma mañana desde la cocina, e igualmente se masajeaba el interior de sus pantalones, mostrando su sonrisa pueril y de infinita estupidez. Tenía la parte inferior de su escasa camiseta de tirantes manchada de sangre oscura y seca.

—¡Vaya, vaya! —empezó a decir con su voz de pito—¡No te ha comido el Lobo! ¡Ya te daba por perdida, ¿sabes?!

Deprimencia no dijo nada, se quedó quieta bajo el marco de la puerta, la mirada muerta de Histerancia hundiéndose en su nuca.

—Llevo todo el día entrenándome para ti —dijo de repente Repelencio, muy contento—, y toda una vida esperando "tu momento" —añadió, realmente dando un matiz malicioso a "tu momento"—, el momento de que empezaras a sangrar. ¡Vamos, ven aquí!

Y sacó con decisión toda su enorme y asquerosa persona del cuarto de baño, dirigiéndose sorprendentemente rápido hacia Deprimencia. Ella se volvió e intentó buscar refugio en aquella habitación. ¡No sabía qué hacer! Se tiró a reptar encima de la cama, pasando por encima de las inertes piernas de Histerancia, cuando notó que la presencia de aquel monstruo se cernía tras ella y empuñaba uno de sus pequeños tobillos y después el otro, y tiraba de ella hacia sí. Deprimencia se agarró a su vez a una de las piernas de Histerancia, pero cuando Repelencio la asió de la cintura y la levantó ante él, el peso muerto de la extremidad pudo con ella, se le escurrió la escasa carne de entre los dedos, y vio cómo todo giraba a su alrededor mientras Repelencio la dirigía ante sí fuera de la habitación.

—No vamos a quedarnos aquí, esto está muy sucio —gruño algo incómodo Repelencio, pero entre carcajadas, respirando entrecortadamente—; nos vamos a tu habitación, ¿eh?

Deprimencia forcejeó y pataleó, atinó a golpear el grueso estómago de Repelencio con los talones, le clavó las demasiado cortas uñas en los brazos y en las manos, pero todo era en vano. Deprimencia veía la puerta de su habitación acercarse hacia ella, como si simplemente el espacio se estuviera comprimiendo hacia sí misma en lugar de desplazarse en modo alguno. Sitió una enorme presión en su corazón, además de por encima de sus caderas.

—¡Allá vamos! —exclamó en mezquino tono jovial Repelencio, cuando usó a Deprimencia de ariete para abrir la puerta, a lo que ella no pudo hacer más que estirar los brazos, golpeándose fuertemente las palmas y algún dedo contra ella.

La puerta salió lanzada ante ella por efecto del terrible impulso, y volvió sobre el hombro de Repelencio mientras entraban, pero no pareció importarle. Ella forcejeó un poco más antes de que él la lanzara sobre su cama, ya muy cansada, y al instante la inmovilizó con todo su peso, poniéndose sobre ella, enterrándola en una tumba de colchón y carne, su cabeza aplastada bajo el apestoso pecho de Repelencio. Sintió que él le levantaba la parte baja del camisón de seda negro.

—¡Es verdad, ya ni llevabas bragas! —le oyó decir algo por delante de su cara, hundida de tal forma contra el colchón que apenas podía respirar. Tampoco sus pulmones tenían sitio para expandirse, de todas formas, con la envergadura del hombre sobre ella—¡Hoy todo está saliendo a pedir de boca!

Sintió, mientras retorció el cuello intentando sacar la cara al aire, que algo caliente y duro, rodeado de lo que parecían los grasientos y repugnantes dedos de Repelencio, que se movían como nerviosos entre sus nalgas y más hacia abajo, la golpeaba aquí y allá, como no sabiendo dónde terminar. Al fin consiguió levantar la cara, el pecho de Repelencio sobre su coronilla, y más allá, delante y arriba, su enorme cara rolliza, todos los pliegues de carne y grasa colgando de sus desaparecidas facciones, que la observaban mostrando una extraña caricatura de sonrisa, torciendo el cuello, o lo que quedara de cuello bajo la doble papada, hacia ella.

—¿Cómoda? —dijo en un susurro implacable, justo cuando Deprimencia sintió sus dedos tocándola allí donde tanto se empeñaba antaño Histerancia en frotarle durante sus baños.

Deprimencia consiguió sacar también el brazo derecho, y rabiosa e implacable como nunca había sido, ardiendo de claustrofobia, miedo y dolor, dirigió su dedo índice contra el ojo derecho de Repelencio.

Él había apoyado la frente en la cama para mirarla, y ante el dolor, con su malformado y pesado cuerpo, no fue capaz de apartar la cara del ataque. La postura extraña de su cuello hizo que se le quedara la cabeza atrapada contra el colchón, y el dedo de Deprimencia se hundió en su cuenca

ocular hasta bastante después de donde terminaba la uña.

Repelencio gritó, gritó de manera aguda y terrible, mucho más terrible y patéticamente de lo que lo había hecho nunca Histerancia en vida. Se retorció por entero hacia el lado derecho de la cama y cayó rotundo contra el suelo. Todo pareció vibrar al son del impacto.

Deprimencia respiró. Inspiró sonoramente, sonando como un aullido crujiente, mientras usaba los brazos para impulsarse hacia atrás sobre la cama, cayendo con los talones sobre el suelo, no encontrando equilibrio alguno para su cuerpo fatigado, dando traspiés hasta apoyar la espalda en la pared. Mientras, Repelencio se había puesto a cuatro patas sobre el suelo, y buscaba apoyo con su brazo izquierdo sobre la cama. Se alzó, y buscó a Deprimencia hasta que puso su mirar truncado sobre ella, el ojo derecho convertido en un jirón de sangre y viscosidades que Deprimencia había arrastrado hacia fuera con su dedo.

—¡Malditaaaa...! —sollozó Repelencio, abriendo mucho la boca, sus mandíbulas unidas por densos hilos de saliva.

Deprimencia se arrastró por la pared de espaldas hasta llegar a la puerta, y corrió, o más bien fue tambaleándose a lo largo del pasillo. "¿Qué hago? ¿Qué hago?!", le gritó alguien dentro de su mente, aunque no escuchaba.

Sentía el suelo ser golpeado a sus espaldas con el movimiento de Repelencio, mientras la vida había perdido el color y todo sonido. Solo oía un rumor que lo ensordecía todo, y las cosas en blanco y negro. Todo era igual pero diferente, no sabía quién era ni qué pasaba, ni dónde estaba. Su consciencia estaba a punto de entrar en un colapso defensivo, estaba a punto de abandonarla para no hacer frente a todo aquello...

"¡No! ¡¡¡No!!! ¡De esto hablaba el Lobo, de esto hablaba! ¡No voy a permitirlo! ¡¡¡No voy a permitirlo!!!"

Y de súbito, todo recuperó el tono rojo del sol moribundo, volvía a oír los gruñidos y respiración dificultosa de Repelencio al fondo del pasillo, justo cuando había alcanzado y se apoyaba contra el marco de la puerta de la cocina. Se volvió, y vio que Repelencio, quien se había arrastrado hasta la entrada de su cuarto, se empezaba a incorporar como no sabiendo muy bien dónde estaba, abriendo y cerrando convulsivamente su ojo sano.

Se le ocurrió salir de nuevo al exterior, esperando que la siguiera, esperando que el Lobo se lo comiese... Pero recordó de golpe que el Lobo había dicho que no comía seres humanos, y además, eso supondría acercarse mucho a Repelencio, quien ya se movía dando tumbos hacia ella...

"No. Lobo dijo que esto acababa aquí. ¿A esto se refería? ¿Es esto, el final?!"

Desde luego que tuvo la impresión intensamente vívida de que así era. Repelencio estaba fuera de sí. Aturdido de dolor, pero absolutamente desatado. Tenía la seguridad de que la iba a matar, probablemente como había matado a Histerancia, y si antes cabía de eso alguna duda, no ahora que le había mutilado tan gravemente. Pero no tenía miedo. Nunca volvería a sentir el mismo miedo que sintió al ver al Lobo, cuando creía seguro que iba a morir, cuando creía que no podía hacer nada. Ahora sabía que podía hacer algo, es más, que debía hacer algo. No solo por ella misma, si no por cualquier otro ser vivo que se pudiera poner al alcance de Repelencio. Esto no era como ver a las arañas morir solas sobre el radiador. Aquel hombre era perverso, y no había en su joven inteligencia lugar alguno para la duda o la compasión.

Repelencio recuperó apenas la compostura y observó a Deprimencia, apoyada en el quicio de la entrada a la cocina. La niña sonreía.

—¿Quieres guerra, eh?! —dijo él, sonriendo a su vez, para nada turbado por el repentino cambio de humor de Deprimencia, tan poco antes desesperadamente furiosa e impotente— ¡¡Yo te daré guerra!! ¡¡¡Vamos, ven aquí!!!

Y se lanzó a la carrera, arrastrando esas aplastadas bolsas de carne que le servían de pies, mientras se volvía a encajar la cintura de sus pantalones de pijama donde le correspondía, no sin que pudiera antes Deprimencia distinguir lo que colgaba entre sus piernas, algo así como tres repugnantes huevos de araña envueltos en pelo retorcido.

Deprimencia se internó en la cocina y rebuscó en los cajones lo más parecido que sabía que había allí a uno de los grandes colmillos del Lobo. Un largo cuchillo de cocina que Histerancia usaba siempre para cortar el pan duro. Se volvió hacia la puerta justo cuando Repelencio asomaba, siguiéndola con su mirada de cíclope, toda la parte de su cara bajo el ojo derecho oscurecida por la sangre, pareciendo embadurnado de alquitrán, más bien.

Deprimencia le enseñó el cuchillo estirando el brazo armado hacia él. Repelencio no se arredró, saltó dentro de la cocina con todas sus flácidas carnes siguiendo de manera tardía sus movimientos. Deprimencia se movió lateralmente hasta refugiarse tras la mesa de la cocina, y él cogió enseguida la silla que tenía ante sí, al lado contrario, por el respaldo. La alzó sin apenas esfuerzo y se la tiró con saña, todo muy rápido.

La frente de Deprimencia fue golpeada por una de las patas, a pesar de su intento de esquivarla. El golpe le abrió una herida junto la sien izquierda y la hizo desequilibrarse, cayendo de espaldas al suelo. El cuchillo se deslizó de su mano hasta debajo de la mesa, dando vueltas sobre el mango negro de plástico, bastante más pesado que la hoja. Aturdida, su mente solo pensaba en recuperarlo cuanto antes, ¡cuanto antes!

Pasó de tumbada a sentada, y de sentada a tumbada boca abajo en un suspiro, y reptó bajo la mesa, mientras seguía los torpes pasos de Repelencio rodeando la mesa por el rabillo del ojo. Calor sobre su pómulo izquierdo: sangre.

Agarró el cuchillo, y cuando la rolliza y caliente mano de piel viscosa de Repelencio asomó bajo la mesa y le asió el cabello para tirar de ella, no vaciló en pasarle el filo por el antebrazo haciendo cuanta presión era capaz.

Repelencio volvió a gritar espantosamente como una niña retrasada y sobrealimentada, pero la había soltado. Harto de tantas tonterías, con su brazo indemne agarró la mesa por la mitad del canto y la hizo volcar, descubriendo a Deprimencia a cuatro patas en el suelo.

El súbito movimiento de aire ascendente que siguió a la mesa, le trajo a ella el más caliente e intenso olor a podrido tan característico de la calefacción de la casa. Miró al suelo, entre las rendijas. Luz naranja, el calor que emanaba. Estaba sobre la trampilla del cuarto de la caldera.

—¡Eh! ¡¡No!! ¡¡¡Sal de ahí!!! —gritó Repelencio con un tono y volumen de voz que parecía una súplica, cuando Deprimencia tiró de la argolla de la portezuela hasta que cayó por su peso a un lado—¡¡¡Que no entres ahí!!!

La orden de Repelencio, y su intento de contener a la niña llegaban muy tarde, ya se había escabullido a lo largo de las estrechas escaleras.

—¡¡¡Maldita tarada!!! —rugió pateando otra de las sillas contra la pared—¡¡¡Ahora sí que no tienes escapatoria!!!

Y se dispuso a seguirla hacia el pozo caliente de intenso olor a hierro óxido, a ocre.

Repelencio, que normalmente dejaba que fuera Histerancia la que operara la caldera, mejor dicho, que lo hiciera todo en aquella casa, constató que el paso le era angosto dada su corpulencia. Apenas fue capaz de, con los pies tanteando erráticamente los escalones, demasiado estrechos para sostener tanta carne desparramada sobre ellos, encajar la cabeza bajo el techo, los hombros aprisionados en la entrada, en una postura encorvada. Por alguna extraña razón, había sido capaz de hacer pasar su descomunal barriga de proporciones épicas, pero no hacía más que raspar y raspar en ese momento los hombros contra el rugoso hormigón, sin resultado ninguno.

Se detuvo al sentir movimiento a la derecha, hacia donde se abría el estrecho cuartucho. La caldera a apenas metro y medio de la pared junto a la que discurría la escalera.

Deprimencia salió de la esquina a la derecha del aparato, sumida en oscuridad por efecto del fuego orientado hacia Repelencio. La impresión era la de que las tinieblas la vestían en la forma de su camisón negro de seda, al tiempo que su piel pálida se tornaba del color ámbar de las llamas, un hilo de líquido más oscuro, a veces relampagueando como un rayo en brillos rojos, desde su frente hasta la parte baja de su mejilla izquierda, un remanente más opaco bajo la mitad de su labio inferior, casi en paralelo. A Repelencio se le antojó de esa guisa realmente apetecible...

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Ven aquí! —la animó Repelencio, estirando los brazos hacia ella, repentinamente conciliador.

Deprimencia dio dos largos y rápidos pasos y le clavó el cuchillo bajo la rodilla derecha, tan profundo como fue capaz. Repelencio gritó de nuevo de esa tan triste manera propia, levantó la cabeza por acto reflejo, golpeándose contra el techo, y cayó hacia delante al fallarle ambas piernas durante la conmoción, sus hombros al fin libres al seguir el peso muerto de su caída.

Su barriga le hizo de trineo durante el corto trayecto hasta el fondo, y su cara se vio arrastrada un momento por el suelo para luego estamparse directamente contra la pared frente a las escaleras.

El desmayo había sido momentáneo, y el fuerte golpe de morros contra la pared lo sintió de lleno. Luchó por incorporarse, bajando a duras penas antes las piernas incómodamente apoyadas sobre los últimos peldaños. Fue capaz de ponerse de rodillas, aunque sin ver, solo palpando la pared a su alrededor, sintiendo el fulgor del fuego de la caldera a través del párpado de su único ojo, toda la frente chorreando en sangre, así como los labios y la nariz. Su propio peso le había aplastado con fuerza toda la cara contra el muro, y entre el dolor y la cantidad de sangre que le empapaba el ojo, no se sentía capaz de abrirlo para orientarse.

Deprimencia se movió hacia él, observando aquella cara toda empapada y destrozada que lanzaba sangre en fuertes esputos desde donde debiera quedarle lo que le quedara de nariz, haciendo intensos ruidos de respiración muy forzada. ¿Por qué no respiraba simplemente por la boca? No sería tan complicado, ni para ese estúpido y repugnante hombre...

El caso es que Deprimencia miraba de frente, a su misma altura, a un Repelencio muy venido a menos, su incesante goteo rojo espolvoreado, salpicándola en la cara y el pelo, en el camisón y entre los dedos de los pies. Ella, ante su ignorante persona, impertérrita. Solo dejando que su asco a aquel hombre alcanzara cotas insostenibles, al impregnarse de su sangre.

Repelencio, como último intento ya fuera de ubicarse en el espacio, ya de llegar a coger al fin a Deprimencia, estiró ambos brazos y manoteó, moviéndolos en amplios círculos, arrastrando las rodillas, inclinándose más sobre la derecha, vencida del dolor por la puñalada reciente.

Así, y de auténtica casualidad, se vio Deprimencia entre los brazos ciegos de Repelencio, mientras la monstruosa máscara sanguinolenta que le quedaba por cara se aproximaba hacia la suya. Alzó el cuchillo ante ella, de manera que Repelencio se lo clavó entre las dos papadas que le colgaban de la barbilla con su solo avance. Al fin abrió la boca, más de sorpresa que de dolor, del cual ya estaba más que servido, y soltó un par de arcadas, mientras Deprimencia retrocedía antes de que los brazos del hombre golpearan fútilmente ese mismo lugar que ella acababa de abandonar. Agitó varias veces los brazos ante sí, abriéndolos y cerrándolos, abriéndolos y cerrándolos, el cuchillo hundido hasta el mango entre sus papadas. Finalmente tosió, tres veces, dejó caer los brazos a los lados, y se derrumbó hacia delante, de nuevo la cara estampada, esta vez contra el suelo. Enseguida un charco de sangre oscura se extendió alrededor de su cabeza.

Estaba muerto. Lo había matado. Deprimencia no acababa de entender nada de todo aquello muy bien, pero dadas las circunstancias, le parecía que no le había ido tan mal. Sin embargo, el Lobo tenía razón. Estaba viva y a salvo, pero no le parecía en ese momento nada por lo que alegrarse. Se sentía mal. De repente, muy enfadada.

Deprimencia se quedó largo tiempo contemplando las llamas de la caldera, pensando que así se sentía: como un recipiente en cuyo interior ardía algún tipo de inmundicia.

FIN

